

Pierre Bourdieu (Dir.)

***La Miseria del Mundo.* Traducción de Horacio Pons.**

México: Fondo de Cultura Económica, 2024, 863 pp.

No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender. A través de este lema spinoziano, Pierre Bourdieu invita a la lectura de *La miseria del mundo*, un gran proyecto analítico dirigido por él y otros reconocidos sociólogos y teóricos franceses. En un ámbito puramente descriptivo, la obra sirve como una recopilación de numerosos textos y entrevistas, estas últimas recopiladas en su mayoría entre 1989 y 1992, que aparecen como cristalizaciones de algunas de las transformaciones más importantes en la historia francesa reciente. Pero *La miseria del mundo* también representa una empresa de comprensión de los aspectos más oscurecidos de la realidad social, típicamente accesibles sólo de forma parcial y atomizada. *La miseria del mundo* está generalmente dispuesto en apartados con cierta coherencia temática, normalmente inaugurados por un ensayo general que proporciona el contexto teórico apropiado a las entrevistas y análisis que siguen. Tal disposición no aísla los problemas discutidos en cada sección, sino que los combina con el resto de las problemáticas exploradas en la obra. Así, una lectura completa de *La miseria del mundo* exige entender sus partes como constitutivas de un diagnóstico general del estado de la sociedad francesa de fin de siglo. Por ejemplo, resulta imposible entender el efecto de las falsas promesas del sistema educativo francés presuntamente democratizador, abordado por el capítulo “Los excluidos del interior” de Patrick Champagne y Pierre Bourdieu, sin concebir su interacción con los veredictos familiares también constituyentes de las empresas de reproducción social y su papel como potencial (re)animador de traumas en hijos y padres, tal como describe Bourdieu en el capítulo “Las contradicciones de la herencia”. En este aspecto, incluso la sección dedicada al caso estadounidense, encabezada por un ensayo de Loïc Wacquant, está enfocada a favorecer un acercamiento al caso francés, funcionando como reflejo de las desigualdades gestadas en él. A su vez, las propias entrevistas y los análisis de éstas, aunque desprovistas de la jerga sociológica-teórica y más acotadas a situaciones corrientes y concretas, permiten vislumbrar cómo las disposiciones subjetivas son articulables con los estudios de las estructuras objetivas de la sociedad, ofreciendo una imagen comprensiva de los contextos explorados. Cabe mencionar también el espacio dedicado por los autores a la reflexión metodológica, tanto en lo que se refiere a la ordenación de las entrevistas (frecuentemente diseñada para

confrontar los diferentes contextos y puntos de vista coexistentes), como al propio proceso de preparación de estas (discutido por Bourdieu en el capítulo “Comprender”), y que también se manifiesta en la descripción de los sujetos entrevistados, lo que dota a *La miseria del mundo* de una reflexividad poco característica de otros estudios del mismo formato.

Más allá del bagaje clásico de teoría bourdiana, que atraviesa la totalidad del texto, gran parte del momento histórico desarrollado en *La miseria del mundo* es capturado por lo que Bourdieu llama *miseria de posición*. Esta herramienta conceptual describe el efecto de descalificación que recae sobre aquellos aún situados en los márgenes del Estado benefactor francés desarrollado en el periodo de posguerra, y cuya efectividad se habría sobredimensionado. Al estar inscritas en un orden social que habría conseguido reducir las grandes miserias, las situaciones de vulnerabilidad social serían relativizadas, agravando las experiencias derivadas de las malas condiciones materiales de vida. Así, la igualdad meramente formal del sistema educativo condenaría — y aún condena — a muchos estudiantes, en especial a aquellos descendientes del proletariado importado de las antiguas colonias francesas, a un sentimiento de fracaso relativo que contribuye a degradar su ya rebajada experiencia educativa. De forma simultánea, la asignación y ubicación de viviendas como *Habitations à Loyer Moderé* (HLM), destinadas a régimen de alquiler subvencionado por el Estado, contribuyeron a reforzar la segregación espacial de aquellos *subproletarios* que no disfrutaron del ascenso social de parte de la clase obrera entre los años 60 y 70, en un marcado proceso de objetivación física de sus campos que les excluiría de la posibilidad de apropiarse de los bienes y servicios más valorados socialmente. Estas realidades, aunque en apariencia minorizadas, se agravarían a partir de finales de los 70, cuando los poderes públicos empezarían a cumplir con las nuevas exigencias internacionales ligadas a una fuerte liberalización del espacio social, y cuyo máximo exponente en Francia sería el “tournant de la rigueur” de François Mitterrand en 1983. Esta *dimisión* y repliegue — que no expulsión — del Estado contribuiría a derribar cualquier atisbo de pacto capital-trabajo previamente asentado y a desequilibrar aún más los poderes de negociación disponibles entre los diferentes estratos de la sociedad.

En lo relativo a las políticas sociales, la desvinculación de la *mano derecha* del Estado (los altos cargos públicos y el sector financiero) de su *mano izquierda* (los trabajadores sociales) reemplazaría progresivamente al cuerpo de esta última por uno burocratizado, y a la previa relación con el usuario por una basada en el cliente. En consecuencia, la política de Estado en materia social cobraría la forma de una *caridad de Estado* alejada de cualquier promesa pasada de atacar las propias estructuras distributivas. Otras materializaciones específicas de las corrientes económicas internacionales, como las nuevas

políticas laborales, también son palpables a lo largo y ancho de *La miseria del mundo*. Tal y como ilustran Bourdieu en el capítulo “La rue des Jonquilles” y Michel Pialoux y Stéphane Beaud en “Permanentes y temporarios”, los despidos masivos y nuevas técnicas de contratación habrían provocado una brecha temporal, experiencial e ideológica infranqueable entre los obreros “viejos” de los 60 y 70 y los “jóvenes” de la segunda mitad de los 80. En este contexto de tan marcadas diferencias de prácticas favorecidas por las nuevas modalidades de contratación precaria, con su inevitable efecto de histéresis del *habitus* sobre los obreros más veteranos, la desindicalización derivada del desencanto y debilitamiento de lazos entre trabajadores sería la consecuencia lógica.

La relevancia de *La miseria del mundo* como testimonio directo de las realidades y malestares gestados en los márgenes de la sociedad francesa de la época tuvo amplias repercusiones tanto para el estado de la crítica que la sucedió como para la figura y producción teórica del propio Pierre Bourdieu. Por un lado, *La miseria del mundo* inauguró lo que sería una larga lista de publicaciones durante la década de los 90 destinadas a denunciar los abusos de la nueva sociedad económica, tales como *J'accuse l'économie triomphante* (1995) de Albert Jacquard o *L'Horreur économique* (1996) de Viviane Forrester, ambas de amplio éxito comercial. En *El nuevo espíritu del capitalismo* (1999), Luc Boltanski y Eve Chiapello señalarían a *La miseria del mundo* como ejemplo del desplazamiento de la crítica social de corte teórico-marxista predominante en los 70 hacia una fundamentada en el sufrimiento y despojada de toda forma de metadiscurso. De acuerdo con esta lectura, y aunque paradójicamente haciendo eco de la denuncia del propio Bourdieu en el capítulo “La dimisión del Estado”, el impacto de *La miseria del mundo* podría haber contribuido al abandono teórico de las reivindicaciones sociales en términos de estructuras, de esta forma habilitando a las cosmovisiones que servirían de fundamento de las nuevas políticas redistributivas de alcance marginal. De forma simultánea, este momento también daría comienzo a una nueva etapa en la trayectoria intelectual y pública de Bourdieu. Por un lado, algunas aportaciones a *La miseria del mundo*, como el capítulo “Un reproche viviente” de Remi Lenoir, dejan entrever el agotamiento de los mecanismos de reproducción y dominación sociales basadas en el capital cultural y el fortalecimiento del capital económico y su racionalidad en el ámbito del poder simbólico (representada por la creciente importancia de las altas profesiones comerciales), asunto que Bourdieu desarrollaría en posteriores escritos y con los que actualizaría su diagnóstico de las dinámicas constituyentes de la sociedad francesa. Por otro, la publicación y enorme éxito de *La miseria del mundo* harían a su editor uno de los intelectuales públicos de referencia contra el neoliberalismo, llevándole incluso a acusaciones de abandonar el

compromiso científico por el ámbito político, visión que desde entonces ha sido disputada por varios autores.

La imagen dibujada por *La miseria del mundo* remite a una actualidad muy similar e igualmente fragmentada, que sirve de testimonio viviente de las transformaciones socioeconómicas surgidas a finales del siglo XX. En muchos países de Europa occidental, la fabricación del *acontecimiento* planteada por Patrick Champagne en “La visión mediática” ha adquirido una magnitud completamente insólita gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, favoreciendo el resurgimiento de todo tipo de estereotipos y temas de discusión que a su vez reavivan la vena reaccionaria del parlamentarismo. Así, mientras que los disturbios en Francia de 2023 repetirían los procesos de constitución mediática derivados de los vividos en las Minguettes en 1981 y en Vaulx-en-Velin en 1990, su alcance sería mucho mayor, trascendiendo la hasta entonces hegemónica figura del periodista y las fronteras nacionales. De la misma forma, el auge del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen en tal contexto de dimisión institucional y degradación social emula el actual éxito de Reagrupamiento Nacional de Marine Le Pen en un escenario de asentamiento de la precariedad, recrudecimiento de los recortes de derechos económicos y sociales, y continuado debilitamiento de las fuentes de representación obrera (a pesar de las comentadas protestas sindicales contra la reforma de las pensiones en 2023). En este sentido, la urgencia del lema spinoziano es mayor que nunca. También en España, donde las grandes dinámicas migratorias internacionales son un fenómeno más reciente, rearticular las nuevas realidades sociales puede servir para combatir las pulsiones reaccionarias surgidas de un escenario muy cercano en muchos aspectos al de *La miseria del mundo*, si bien como parte de un esfuerzo consciente de sus limitaciones ante la incommensurabilidad del mundo social.

Juan Vega Esteve
Sciences Po Paris